

7 DÍAS DE

oración y reflexión

Basado en la serie:

VIDA *Nueva*

CÓMO USAR ESTA GUÍA

Texto base: Juan 20:24–29 | Isaías 53:5 | Efesios 2:4–5

Predicador: Edgar Castro | Semana del 20 al 26 de abril de 2026

**"Tu duda no te descalifica. Tu herida no te define. Tu cicatriz es la evidencia de quién Dios te hizo."
— Edgar Castro**

Tomás no era el incrédulo empedernido. Era el discípulo que vio morir a Jesús y no podía creer sin verlo él mismo. Que quería que fuera verdad — y no podía dejarse llevar. Esta semana trabajamos lo que Jesús hizo cuando Tomás llegó con su herida, su duda y su sufrimiento. Y lo que el artesano hace con lo que llega roto.

Cada día tiene: una lectura breve, una reflexión, una pregunta personal y una oración.

LA TEMPORADA DE TOMÁS

Juan 20:24–25: "Tomás, uno de los doce discípulos... no estaba con ellos cuando se les apareció Jesús. Cuando Tomás llegó, los otros discípulos le dijeron: 'Hemos visto al Señor.' Pero él les contestó: 'No creeré en nada de lo que me dicen, hasta que vea las marcas de los clavos en sus manos.'"

Reflexión: Tomás no era un incrédulo por temperamento. Era un hombre que tenía demasiada evidencia de la muerte de Jesús para aceptar sin más que estaba vivo. Lo vio morir. Conocía a los soldados romanos. Sabía que eso no se reversaba. Cuando sus amigos le dijeron "lo vimos vivo", Tomás no los estaba insultando. Estaba siendo honesto. Y esa honestidad es precisamente lo que lo llevó al encuentro más personal con Jesús registrado en los evangelios. Hay momentos donde llegamos a la iglesia así. Con algo que pesa. Y alrededor todo el mundo alzando las manos, y nosotros sentados, sintiéndonos vacíos. No por falta de fe intelectual. Por exceso de realidad.

Pregunta: ¿Has tenido una temporada de Tomás? ¿Dónde estás ahora mismo?

Oración: Señor, hoy no voy a fingir una fe que no siento del todo. Como Tomás, llego con lo que tengo — dudas, preguntas, el peso de lo que he visto. No me alejes. Muéstrame lo que mis hermanos vieron. Quiero creer. Amén.

JESÚS CONOCÍA EL CORAZÓN DE TOMÁS

Juan 20:26–27: "Ocho días después, los discípulos estaban reunidos otra vez en la casa. Tomás estaba con ellos... Jesús se puso en medio de ellos y los saludó... Luego le dijo a Tomás: 'Mira mis manos y mi costado, y mete tus dedos en las heridas. En vez de dudar, debes creer.'"

Reflexión: Tomás no le pidió nada a Jesús cuando llegó. Jesús no estaba en el cuarto cuando Tomás hizo su declaración. Y sin embargo, cuando Jesús se aparece, sabe exactamente lo que hay en el corazón de su discípulo. Eso no es casualidad. Es teología. Jesús conocía el corazón de Tomás. Como conoce el tuyo. Y antes de que tú le pidas, Él ya está diciendo: ven, toca, ve lo que todos los demás ya vieron. Jesús no lo condenó. No lo humilló delante de los demás. No le dijo "después de todo lo que hice por ti, ¿te atreves a dudar?" Solo le dijo: ven. Suelta. Entra.

Pregunta: ¿Hay algo que llevas cargando que no has podido traerle a Jesús porque sientes que te descalifica?

Oración: Señor, tú conoces mi corazón antes de que yo hable. Hoy te traigo [nombrar lo que cargas]. No porque lo haya resuelto — sino porque Tú le dijiste a Tomás "ven" antes de que él lo pidiera. Que esa misma invitación sea para mí. Amén.

NO TIENE QUE SER PERMANENTE.

Juan 20:27b / Isaías 53:5: "En vez de dudar, debes creer." / "Fue herido por nuestras rebeliones... Por sus heridas somos sanados."

Reflexión: Jesús le mostró a Tomás tres cosas al enseñarle sus cicatrices. Primero: que aun con sus dudas, quería que creyera. Segundo: que quería que Tomás viera lo que los otros discípulos ya habían visto. Y tercero — y esta es la más importante — que el sufrimiento fue real, pero no fue permanente. Las heridas estaban ahí. Jesús no pretendió que la cruz no había existido. Pero Jesús había resucitado. Estaba vivo. Y eso significaba que lo que sufrió no lo había destruido. Dios no quiere ignorar tu sufrimiento. No quiere que lo escondas ni que lo minimices. Quiere que lo traigas — porque Él es el único que sabe qué hacer con él. Y lo que hace no es borrarlo. Es redimirlo. Transformarlo en señal de vida en lugar de señal de derrota.

Pregunta: ¿Hay alguna herida en tu vida que has estado tratando de minimizar en lugar de llevarla al artesano?

Oración: Señor, mi sufrimiento fue real. No te voy a decir que no pasó. Pero hoy te lo presento — no para que lo ignores, sino para que hagas con él lo que solo Tú puedes hacer. Que no sea permanente. Que se convierta en señal de vida. Amén.

EL KINTSUGI: TODAS LAS PIEZAS

Salmo 34:18 / Efesios 2:4–5: "El Señor está cerca de los que tienen el corazón quebrantado." / "Pero Dios es muy compasivo, y su amor por nosotros es inmenso. Por eso, aunque estábamos muertos por culpa de nuestro pecado, Él nos dio vida al resucitar a Cristo."

Reflexión: El arte japonés del Kintsugi repara vasijas rotas con oro. Y tiene una primera condición que es la más exigente: necesitas todas las piezas. Si se pierden fragmentos, no puedes restaurar la vasija a su forma original. Eso significa que tienes que llevarla completa al artesano. Dios no te quiere a medias. Quiere la parte tuya que alza las manos el domingo y la parte tuya que lloró solo, escondido, porque estabas atribulado. Quiere cada fragmento. No hay una versión de ti que sea demasiado rota para el artesano. Y esas áreas cerradas son precisamente donde la restauración no puede llegar.

Pregunta: ¿Hay algún fragmento de tu vida que estés guardando — que no le has dado al artesano?

Oración: Señor, hoy vengo completo. No solo con las partes que me dan orgullo. Con [nombrar el fragmento que has guardado]. Quiero que tengas acceso a cada rincón. Que la restauración sea completa, no parcial. Amén.

EL ORO LLENA CADA ESPACIO

Romanos 8:38–39 / Efesios 3:18–19: "Nada podrá separarnos del amor de Dios." / "Puedan comprender cuán ancho, cuán largo, cuán alto y cuán profundo es su amor."

Reflexión: La segunda condición del Kintsugi es que el oro tiene que llenar cada espacio de la rotura. No algunas grietas. Todas. Si dejas una parte sin rellenar, la vasija no queda completa. Así mismo, la misericordia de Dios no funciona por áreas. No puedes decirle "entra aquí, pero no toques aquello." No puedes dejarle acceso a tu vida espiritual pero cerrarle la puerta a tus finanzas, tus relaciones, tu historia. Cada espacio donde hubo una separación necesita que el oro lo llene. Y el oro en esta imagen es la misericordia y la gracia que vino con la muerte y resurrección de Cristo. Jesús no murió en una esquina. Murió públicamente. Su sufrimiento fue real y fue visto. Y cuando resucitó, no escondió lo que había pasado. Lo ofreció.

Pregunta: ¿Qué parte de tu vida le estás negando acceso al artesano esta semana?

Oración: Señor, muéstrame los espacios donde no te he dejado entrar. Los rincones donde he tratado de poner otro adhesivo — distracción, ocupación, control. Hoy los abro. Que tu misericordia llene cada espacio. Que no quede ningún área sin oro. Amén.

EL ARTESANO QUE TE CONOCE

Salmo 139:13–14 / Jeremías 18:6: "Tú creaste las delicadas partes internas de mi cuerpo y me entretejiste en el vientre de mi madre." / "Como el barro está en manos del alfarero, así están ustedes en mis manos."

Reflexión: La tercera condición del Kintsugi es la más específica: tiene que hacerlo un artesano con experiencia. Alguien que sepa exactamente dónde va cada pieza. Dios no está mirándote diciendo "a ver dónde encaja esta parte rota." Él sabe cómo te veías antes de romperte. Él fue el que te hizo. Y solo Él sabe cómo restaurarte al plan que tenía para ti antes de que entrara el sufrimiento, antes de que entrara el pecado, antes de que llegara lo que llegó. Nadie más puede hacer ese trabajo. Nadie más sabe cómo se supone que tú te veas completo. Y a ese artesano le puedes traer cada fragmento con confianza. Él no va a perder ninguno.

Pregunta: ¿Hay algo en tu historia que te hace dudar de que Él sabe lo que está haciendo contigo?

Oración: Señor, a veces no entiendo lo que estás haciendo. No veo el plan. Solo veo los fragmentos. Pero hoy decido confiar en que Tú sabes cómo se supone que yo me vea — porque Tú me hiciste. Toma cada pieza. Ponla donde corresponde. Amén.

CAMINA COMO VASIJA RESTAURADA

Juan 20:28 / 2 Corintios 5:17: "Tomás contestó: '¡Tú eres mi dueño y mi Dios!'" / "Todo el que pertenece a Cristo se ha convertido en una persona nueva. La vida antigua ha pasado; ¡una nueva vida ha comenzado!"

Reflexión: Tomás llegó con una duda enorme. Con la imagen de la muerte de Jesús todavía fresca. Y cuando tocó las cicatrices, lo único que pudo decir fue: Tú eres mi dueño y mi Dios. No salió de esa experiencia cargando la duda como vergüenza. Salió transformado. Y esa transformación fue exactamente lo que los demás discípulos necesitaban ver. Hay personas en tu vida mirándote. Para ver si la restauración es real. Para ver si el artesano de verdad sabe lo que hace. Y la forma en que caminas les dice todo lo que necesitan saber antes de que abras la boca. Tu cicatriz no es tu derrota. Es la evidencia de tu restauración. Camina como vasija con oro.

Pregunta: ¿Hay algo que Dios ha restaurado en tu vida que todavía cargas con vergüenza en lugar de con testimonio?

Oración: Padre, esta semana miré mis fragmentos. Nombré mis heridas. Abrí las puertas que había cerrado. Y hoy quiero salir de aquí no con la cabeza baja sino con frente en alto. Que mi vida restaurada sea testimonio. En el nombre de Jesús, amén.

PARA GRUPOS DE CASA / LA CALDERA

Si usas esta guía en grupo, te sugerimos estas preguntas para el tiempo de reflexión compartida:

1. ¿Has tenido una temporada de Tomás — donde querías creer pero la realidad pesaba más?
¿Cómo saliste de ahí, o todavía estás en ella?
 2. ¿Qué fragmento de tu vida has estado guardando — que no le has dado al artesano?
¿Qué te ha detenido?
 3. ¿Qué parte de tu vida le estás negando acceso al artesano — consciente o inconscientemente?
 4. ¿Hay algo que Dios restauró en tu vida que todavía cargas con vergüenza en lugar de con testimonio?
 5. ¿Quién en tu vida está donde estaba Tomás?
¿Qué cicatriz tuya podrías mostrarle?
-